



LA VISITA DEL PAPA

El pueblo de Chile está conmocionado por la visita que el Papa Juan Pablo II ha realizado en estos días a nuestro país. Es la primera vez en nuestra historia que tenemos el honor de recibir en el suelo patrio a la persona del Santo Padre y ello nos halaga como anfitriones, nos alegra como cristianos y nos conmueve como católicos.

Desde los recónditos sustratos de nuestra nacionalidad —plasmada al impulso de la gesta conquistadora española de sólida raigambre católica y sostenido espíritu misionero— emergen en esta ocasión los sentimientos de profunda admiración y respeto por la figura del Sumo Pontífice, cabeza visible de la Iglesia Católica Romana, nuestra guía espiritual y cultural por muchos siglos.

Precisamente, el propio Santo Padre nos ha señalado que ésta, su trigésima tercera peregrinación fuera de la Santa Sede, pretende, en parte, contribuir a la mayor trascendencia y solemnidad de la próxima celebración, en 1992, del Quinto Centenario del Descubrimiento de América e iniciación de su Evangelización. Como marinos no podemos menos que asociarnos de todo corazón a esta conmemoración que tan claramente vincula la fecha histórica con que comienza el más importante esfuerzo misionero católico extraeuropeo con uno de los más grandes fastos de la navegación universal.

Los marinos de Chile, tradicionalmente religiosos y profundamente devotos del culto mariano —uno de los preferidos del Papa— han seguido con señalado recogimiento y fervor los vertiginosos recorridos de su fugaz visita, felices, por lo demás, que varias escalas de su viaje hayan sido ciudades costeras en las que pudieron asistir y participar, ansiosa y gozosamente, en los solemnes actos de saludo, homenaje y veneración. Particularmente significativa fue, a este respecto, su visita a Puerto Montt, donde su excelsa figura se alzó majestuosa al surcar las aguas del Mar Chileno, congregando en su derredor a miles de trabajadores del mar que desde sus embarcaciones le seguían con arrobada mirada —como los Apóstoles al Señor— y le rendían, eufóricos, cálidas muestras de cariño surgidas en cada uno de ellos desde lo más profundo de su emocionado corazón.

La dilatada extensión territorial de su visita, desde Antofagasta —tierra subtropical de ásperos desiertos y agrestes montañas que es un monumento perenne a la audacia, el valor y el tesón de los chilenos— hasta Magallanes — el archipiélago más austral del mundo, cuyas tierras y aguas son parte de nuestro país desde su nacimiento y en ellas se ha vertido el esfuerzo y la preocupación constante de nuestra Institución, concitando últimamente la atención diligente del Augusto Mediador— le ha permitido a su Santidad apreciar la variedad

de nuestra geografía y la homogeneidad de nuestra criolla población. Por ello, ha podido constatar como una y otra conforman un Estado en el que un pueblo altivo y aguerrido, pero a la vez pionero y laborioso, ha sabido dominar y defender su difícil y valioso territorio, emulando en las diferentes etapas de su devenir histórico la epopeya de los egregios forjadores de su estirpe, sin dejar de sostener muy en alto, hasta nuestros días, los valores de nuestra afiliación católica, a través de la cual estamos insertos en la humanista cultura cristiano occidental.

Con su visita, hemos visto reforzada nuestra identidad histórica y hemos sido ratificados como un pueblo dotado de un fecundo y expresivo espíritu religioso y como una nación inmovible en sus valores éticos, insobornable frente a los errores del siglo y, por sobre todo, comprometida integralmente a resistir y aventar los gérmenes de la amenaza o del empleo de la violencia, externa e interna, así cómo propiciar y hacer prevalecer prioritariamente el imperio de la paz.

De su visita no sólo nos queda el recuerdo de su imagen afable y resplandeciente. Nos queda, profundamente vivo, su generoso ejemplo de peregrino infatigable al servicio de su deber de Pastor, aun a costa del necesario descanso y aun a riesgo de su propia vida, como ha ocurrido en otras latitudes. Todo ello ha quedado encarnado en nosotros como una vivencia inmarcesible y marcará el rumbo de nuestras vidas, acentuando nuestra rectitud y acercándonos a Dios y a nuestros hermanos.

